



[CRISTIAN FRANCO](#) , 29/11/2013 | Cuando era pequeño **había que esperar**. No quedaba otra. Y eso que nací en la recta final del siglo XX, momento en que comenzaban a adquirir celeridad **muchísimas transformaciones** que hoy en día definen a nuestra cultura: la expansión de las comunicaciones, el desarrollo de nuevas tecnologías de información, la optimización del transporte y la denominada “globalización”, entre otras.

**Algunos ejemplos** que hoy suenan cual historias de la “Edad de Piedra”: si uno quería ver los dibujos animados **debía esperar** hasta que el canal de televisión (por aire) lo pasara. Si uno deseaba comprar determinado producto **era necesario aguardar** hasta la hora de apertura del comercio en cuestión. Si uno necesitaba obtener información específica para una investigación o un trabajo escolar **tenía que esperar** hasta dar con el libro especializado en la biblioteca pública o tener la dicha de adquirirlo en la librería local. Si uno quería comunicarse con familiares que vivían en otra ciudad **había que aguardar** a que se estableciera la comunicación telefónica mediada por la operadora de turno o enviar

una carta y confiar en que, a su debido tiempo, llegara a destino.

Si uno deseaba adquirir algo que superara la capacidad mensual de compra **se hacía necesario esperar**

hasta ahorrar el dinero suficiente para ello (el uso extendido de las tarjetas de crédito llegaría años después).

**Y así podría enumerar varias cosas más**

(cada uno sumará sus propias anécdotas a este listado).

No era mejor ni peor vivir en esas condiciones. Era así, no quedaba otra. **Había que esperar.**

Por eso no deja de sorprenderme **la ansiedad** con la que solemos transcurrir cada día, en particular quienes vivimos en contextos urbanos de alta densidad poblacional.

**Tenemos**

miles de recursos a nuestro alcance,

**estamos atiborrados**

de información,

**contamos**

con posibilidades de consumo varias veces superiores a las del pasado,

**disponemos**

de medios de comunicación que nos permiten estar conectados con todo el mundo en apenas unos instantes,

**y así y todo sentimos una necesidad apremiante de lograr y obtener las cosas “ya mismo”.**

Es cierto que el ritmo de vida nos lleva a requerir efectividad y rapidez, **y más cuando el mundo funciona de ese modo.**

Por eso no intento ni trato de efectuar una crítica del sistema con la melancolía típica del que se lamenta por “aquellos tiempos mejores que nunca más volverán”.

**Nada de sentimientos de tristeza ni frustración.**

Disfruto mucho vivir en la ciudad y valoro muchísimo lo que solemos llamar como “adelantos”. Pero me parece que con más frecuencia de lo esperable solemos imprimir el mismo vértigo a situaciones, relaciones, hechos que por sí mismos

**no pueden ni deberían ser susceptibles de caer en las garras del “lo-quiero-ahora-mismo”.**

Porque **no hay celeridad** que baste para sanar las heridas (físicas y emocionales). **No hay apresuramiento**

que logre el desarrollo saludable de un niño.

**No hay vértigo**

que pueda sortear el curso normal de una preparación académica.

**No hay prisa**

que ayude a evitar del tiempo necesario para el cultivo de una amistad.

**No hay ansiedad**

que permita saltarse etapas en la construcción de la personalidad.

**No hay atajo**

que logre forjar una espiritualidad auténtica que vaya más allá de la instantaneidad del momento.

**Sí.** Hay cosas para las cuales se requiere **acción sostenida** en el tiempo y **paciencia expectante**.

Autor: [Cristian Franco](#)

*© 2013. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA como fuente.*

{loadposition cristian}